

Concepción Barrera Ramírez

Siempre me ha gustado ayudar a la gente, pienso que por eso estoy aquí. Estoy contento y satisfecho con mi trabajo



Toda sociedad o agrupación es como una gran máquina donde cada una de sus partes debe funcionar correctamente. Para que el funcionamiento de un equipo sea exitoso es necesario que los participantes estén comprometidos con su trabajo. A veces esto parece pasar inadvertido; sin embargo, todos reconocemos a aquellos que se distinguen por tener amor a lo que hacen. Este es el caso de Don Concepción Barrera Ramírez, mejor conocido como el maestro Chon, quien ingresó al IIUNAM desde su fundación, en 1956, y actualmente continúa laborando en esta dependencia.

El maestro Chon empieza diciendo: en 1956 llegamos a trabajar al sótano del Instituto de Geología. Aunque el primer director fue don Fernando Hiriart, el profesor Raúl Marsal fue quien siempre tuvo la idea de hacer un edificio para el IIUNAM. El primer edificio fue el de mecánica de suelos, y en su nave se hizo el primer modelo de geología.

Cuando llegamos a CU tenía divididas mis actividades: los lunes, miércoles y viernes tenía que ayudar al topógrafo; entonces lo acompañaba a la Catedral, en el Centro, pero a las tres de la tarde tenía que estar de regreso para poner el cafecito. Los martes y jueves le ayudaba al mecánico y al carpintero, además entregaba la correspondencia.

La fundación del IIUNAM se logró gracias a la participación de mucha gente; estaban además del entonces director Fernando Hiriart, Raúl Marsal, Fernando Espinosa, Javier Barros Sierra y Bernardo Quintana. Este último -agrega el maestro Chon- era quien respaldaba al Instituto, organizaba comidas, desayunos e invitaba a gerentes de la COPADE, la Estrella, etc. Él ponía el ejemplo diciendo que apoyaba al Instituto con tanto dinero y claro que los otros no se querían quedar atrás y ayudaban también económicamente.

Poco a poco le fui tomando cariño al Instituto de Ingeniería y eso que al principio no quería venirme para acá porque estaba en el puro cerro. Recuerdo que yo trabajaba con el papá de don Fernando Hiriart,

en un laboratorio en la calle de Heriberto Frías 623, cuando el "profe" Marsal nos dijo: miren, los he citado porque el laboratorio se acabó. La mitad del personal se va a ir a la universidad y la otra se va a la empresa SOLUM, en la colonia Oriental. Ahora les voy a decir quienes van a la UNAM y escogió: usted Villalpando (que era el mecánico), el carpintero y "El Indio", porque así me decían, se van conmigo. En ese momento, pensé está muy lejos, pero si me negaba igual me quedaría sin chamba.

Además, don Fernando Hiriart había discutido con su papá, porque este último quería que yo continuara a su servicio. Sin embargo, el hijo le dijo: "pero papá, tú no le puedes dar lo que va a tener en la UNAM, va a tener vacaciones, aguinaldo y servicio del ISSSTE, cosas que tú no le puedes dar".

He tenido mucha suerte pues siempre me ha apoyado el Instituto cuando he tenido compromisos o problemas personales. Cuando murieron mis padres, me dijeron: no se apure ¿cuánto necesita? y lo solucionaron. Esto fue con Urquijo, luego llegó Acosta que se fue cuando quedó un nuevo director. Y claro que cuando pasó eso dijimos: ¡cómo que nos lo van a cambiar! y es que ya nos habíamos acostumbrado.

En mi opinión todos los directores siempre han apoyado al personal. Por ejemplo, Daniel Reséndiz, acompañado del señor Acosta, acostumbraba revisar cada ocho días las instalaciones y decía qué era lo que hacía falta. El personal estaba contento. Cambiaba el director pero siempre el nuevo nos apoyaba.

Durante muchos años a todo el personal que trabajaba tiempo extra se le daba un aguinaldo extra, por parte del Instituto, lo que era muy bueno. Pero eso se acabó. Con Fernández Zayas, en la comida de fin de año se hacían rifas de aparatos y al que le tocaba... le tocaba. Claro que la gente no siempre está contenta, porque había quien decía que era mejor que se

repartiera parejo aunque fuera poco pero para todos. Y es que aunque lo hagan de una u otra forma siempre habrá alguien que no esté a gusto.

A mí me da gusto ver cómo el Instituto se va superando día a día, lo veo muy bien, máximo ahorita que el director que está se preocupa mucho de que el IIUNAM esté bien, con mantenimiento, aunque hay cosas que faltan, pero no se puede tener todo. Claro que si me piden una sugerencia, yo diría que hace falta gente de intendencia, por su carencia tenemos muchas fallas. Es decir no sé a que se debe el problema de la falta de nuevas plazas, pero está claro que esto ocasiona problemas entre la base y las autoridades. El personal administrativo de base quiere sacar a los de confianza porque piensan que les quitan esas plazas.

En mi caso, no me doy bien cuenta de los problemas sindicales porque no acudo a las asambleas, y es que yo con mi responsabilidad pues no puedo. Además, la gente creía que yo era "oreja" y cuando llegaba a las asambleas empezaban: "aguas, aguas, huele a pólvora". Entonces me dije: ¿qué necesidad? y no volví a las reuniones. Por supuesto que por esto no tengo puntuación y por lo tanto no he podido recomendar a ningún familiar. Por esa parte fue un error, pues ninguno de mis siete hijos, cuatro mujeres y tres hombres, laboran en esta dependencia. Pero no les ha ido mal, uno trabaja en Aceros Monterrey, en Puebla, está muy bien, otro anda en una combi, y el otro trabaja en las obras y es el que luego "batalla" más.

Siempre me ha gustado ayudar a la gente, pienso que por eso estoy aquí. Estoy contento y satisfecho con mi trabajo.